



Diario del cuidado

Cuidando a Violeta

Desde niña, he escuchado decir que es importante tener hijos e hijas. Violeta aún me lo reitera. Desde niña me ha insistido en que los hijos e hijas son quienes cuidarán de mí cuando sea vieja. Es decir, la intención principal no es traer vidas a este mundo o agrandar la familia, sino garantizar que no seré una mujer vieja que no cuente con una red de cuidado. Es una preocupación legítima, si pensamos en la situación de las personas viejas en nuestro tiempo. Aún más importante la reflexión sobre la centralidad de los cuidados en nuestras vidas.

A menudo me pregunto por qué los seres humanos pensamos en el envejecimiento y el final de la vida como una etapa triste, solitaria, desprotegida. Algunos únicamente piensan en ahorrar o en garantizar que contarán con una pensión que les permita llevar una vida digna. Otros se enfocan en hacer planes sobre sus bienes, pensando en sus testamentos. Sin embargo, son pocos los que se detienen a pensar en su red de cuidados durante sus vidas.

Creo que en el fondo piensan que lo tienen resuelto, claro. Siempre habrá una persona -mujeres de la familia mayormente- que cuide de ellos y ellas. Es algo automático y garantizado, más aún si tienes hijos, o mejor, hijas.

Muchas personas dicen que los tiempos están cambiando, pero, a mi parecer, este sentimiento de tener la vejez cuidada automáticamente, no ha desaparecido. De lo contrario, tendríamos más eco de las reivindicaciones feministas que propenden por una distribución equitativa del trabajo de cuidados, pues la división sexual de estas labores, son las que sostienen las brechas de género. No muchas personas se cuestionan los impactos que tienen las cargas automáticas del cuidado, asignadas por el género casi como una herencia al nacer. La comodidad y el privilegio de quienes no deben responder por el cuidado como una obligación, sostienen este silencio opresor.

Mi última consulta médica -con el neurólogo que también lleva el caso de Violeta y conoce sus necesidades de cuidado-, detonó una revolución en mí. Decidí consultarle porque desde hace un tiempo tengo migrañas insoportables. Aquel médico reputado, tomó diez

minutos para preguntar yo cómo estaba, si la migraña volvía y para afirmar que los dolores de cabeza son inventados. Luego, habló cuarenta minutos sobre Violeta, sobre su diagnóstico y lo que podemos esperar para su futuro. En su discurso, afirmó que yo por ser la hija mujer, era quien seguramente iba a encargarse del su cuidado y por lo tanto me recomendaba tomar antidepresivos. Era todo lo que necesitaba para no volver a consultarle y para enterrar ese mandato que tanto les gusta a los hombres. Creo que lo ve sencillo y casi natural.

Para mí fue como echar candela a una mecha que ya estaba a punto de estallar en mi pecho. Nada de eso iba a ocurrir y me niego a seguir ampliando la lista de aquellas mujeres que deben asumir roles de cuidado, por el simple hecho de ser mujer en esta sociedad machista y patriarcal. Las enfermedades como la que tiene a Violeta un poco desvirolada, nos tocan principalmente a quienes rodeamos y cuidamos. Esto puede agotar, deprimir y producir dolores, es cierto. Pero la cura no son pastillas calmantes, es la revolución de los cuidados porque esos dolores se desencadenan por la soledad, el poco reconocimiento, el cansancio absoluto.

Aquel sentimiento del cuidado garantizado debe ser cuestionado. Tendremos cuidados porque todos los seres humanos lo necesitaremos en varios momentos de nuestra vida. Algunas personas requerirán cuidados y apoyos durante toda su vida, algunas sólo durante momentos específicos. Lo cierto es que el cuidado sostiene nuestra vida, no es algo natural y garantizado, sino que debemos propender por construir nuestras redes de cuidados, por exigir a nuestros gobiernos su garantía como derecho humano y por romper aquellos mandatos sociales que lo hacen invisible y automáticamente garantizado.